

AURELIO ARTURO, MAESTRIA DEL SUEÑO

Escribe: JOSE RAUL ARANGO

A un hombre se le conoce en la evidencia momentánea del ademán. De esta teoría se desprende toda una ciencia de absolutismos, de asociaciones, de inexactitudes. El ademán de Aurelio Arturo es la soledad. La soledad misma. En él se resume un silencio de verdeantes saudades. Las líneas de su rostro son de un verismo misterioso, casi melódico. En su conversación asoma la vibración de su poesía, la estructura de sus pausas. De todo esto se deriva su perfil angélico. Contraria a la *posesión demoníaca* de Barba Jacob, a él le asiste una decantada posesión angélica. Como el *solitario de Praga*, solo puede definirse a sí mismo. Y lo asisten sus mismas palabras. Ahora recuerdo una conversación que sostuve con el poeta una cálida mañana de febrero. Discurriendo sobre el misterio clarísimo de la poesía, expresaba con esa lentitud tan suya: "Cada uno debe ser el maestro de sí mismo". Ese camino donde se lleva sobre sí mismo el dolor de todos los hombres, tratando de hallar el más eterno y cruel de los silencios, la soberana medida del ritmo, la propia veracidad, es la más tremenda batalla del hombre. Y su más grandiosa intuición.

Entroncado en una generación literaria —Carranza, Rojas, Vargas Osorio, Camacho Ramírez, etc.— cuya importancia ha sido ya delineada, medida, proyectada, Aurelio Arturo eleva su poesía a permanencias humanas de encanto maravilloso. Es anterior al piedracielismo y posterior a él. Valorado en el hechizo se coloca por derecho propio entre los auténticos poetas de Colombia. La metáfora le viene a las manos con la misma naturalidad de la vida y con ella nos salva de la tiniebla diaria. En su arquitectura el verso se le torna más y más delicado, susurrante, aéreo. Fuera ya de sus manos el verso de Aurelio Arturo madura con los días, ilumina su esencia.

En el artista el principio fue la emoción. Cuando el hombre se incorporó a la noche de las edades, antes del asombro, había sido la emoción. Desde entonces, en la vida como en el arte, lo único exactamente verídico, es la emoción. Y de ella está construída la poesía de Aurelio Arturo. De allí su concentrada vitalidad. Aurelio Arturo piensa musicalmente. Su emoción es recuerdo, textura rítmica, levedad.

*Trabajar... Ese río me baña el corazón.
En el sur. Vi rebaños de nubes y mujeres más leves
que esa brisa que mece la siesta de los árboles.
Pude ver, os lo juro, en el bello sur.*

Aurelio Arturo conoce bien las palabras, su color, su medida. Así como existe una plasticidad de los elementos, existe una plasticidad del sentimiento. Norma secreta del artista y el hombre. Es una poesía donde huele la hierba, curvada al trote de los caballos, el bosque con su rumor vertical, donde suena el río con su menudo paso, el hacha con el ritmo del aire, el color tutelar de los troncos, la rauda suavidad de las canoas, la verde teoría del paisaje. Es, sencillamente, un río de olorosa música. Sutilísimo, el verso entraña un virtuosismo emocional fuera de alambicamientos. Deshecha la expresión rebuscada, sin deshidratar el vocabulario y con fuerza creadora para no incurrir en tonterías.

*O acaso, acaso esa mujer era la misma música,
la desnuda música avanzando desde el piano,
avanzando por el largo, por el oscuro salón como en un sueño.*

*El agua límpida, de vastos cielos, doméstica, se arrulla.
Pero ya en la represa, salta la bella fuerza,
con majestad de vacada que rebasa los pastales.
Y un ala verde, tímida, levanta toda la llanura.*

Se eleva con excelencia de sentido y de forma, sin traer de los bellos elementos, combinaciones, fluencias. Si el silencio en la textura musical es un alto logro del artista, también en la poesía, el silencio es consumación estética.

Maestría del sueño. La suya, es una poesía de asombrados silencios.

*Trajimos sin pensarlo en el habla los valles,
los ríos, su resbalante rumor abriendo noches,
un silencio que picotean los verdes paisajes,
un silencio cruzado por un ave delgada como hoja.*

Quizá la mejor definición de su obra se halle en *Morada al Sur*: "Te hablo de un bosque extasiado que existe solo para el oído y que en el fondo de la noche pulsa violas, arpas, laúdes y lluvias sempiternas".

En Colombia, Aurelio Arturo es el poeta constructor de una obra llamada a sucesivos descubrimientos. De él nuestra crítica no ha dicho nada aún. Aurelio Arturo publicará, en breve, un libro de poemas. Un bello libro, sin duda alguna. Un libro que debería llamarse un verano en el sueño. Con Aurelio Arturo la poesía colombiana no está en crisis, como tampoco lo está con Germán Pardo García. Su libro será patrimonio nuestro y de América. Una heredad indestructible como el misterio mismo.